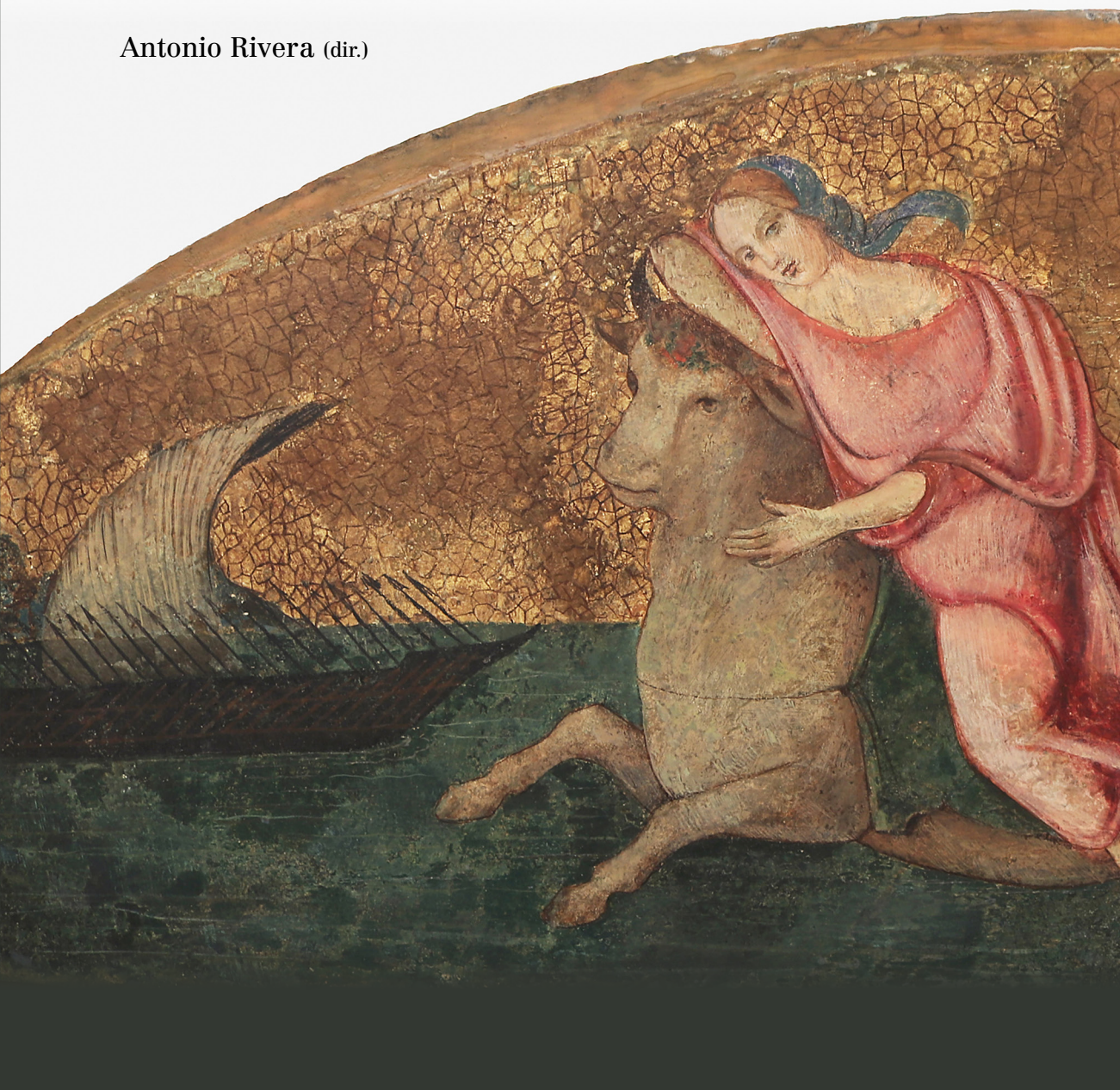


# Historia de la idea de Europa

Mucho más que una geografía

Antonio Rivera (dir.)



# Historia de la idea de Europa

Mucho más que una geografía

Antonio Rivera (dir.)

Argitaratzailea • Edita:

Arabako Foru Aldundia. Kultura eta Kirol Saila  
Diputación Foral de Álava. Departamento de Cultura y Deporte

Inprimatzailea • Imprime:

Arabako Foru Aldundiaren Moldiztegia  
Imprenta de la Diputación Foral de Álava

Azaleko irudia • Imagen de cubierta:

*Europaren bahiketa*, Pinturicchiok 1509an pintatua Pandolfo Petrucciren Sienako jauregirako.  
*Rapto de Europa*, pintado por Pinturicchio en 1509 para el Palacio de Pandolfo Petrucci en Siena.  
The Metropolitan Museum of Art

Lege Gordailua • Depósito Legal: LG G 00675-2021

ISBN: 978-84-7821-969-8

**A**rabako Foru Aldundiko Kultura eta Kirol Sailak pertsonak beren bizitzaren etapa guztietan garapen integrala izatearen alde egiten du, batez ere arlo intelektualean, eta apustu horren erakusgarri da +55 Elkartegiak programa.

Argitalpen honetan jaso ditugun hitzaldiak UPV-EHUko katedradun Antonio Riverak zuzendutako “Europaren ideien historia” izeneko zikloan aurkeztu zituzten UPV/EHUko irakasleek Kultur Etxean, eta argi uzten dute zubia eraikia dugula unibertsitatearen eta gure ikasleen artean.

Liburu honetan Europa zaharraren bilakarari buruz jaso ditugun gogoetak beharrezkoak eta are ezinbestekoak dira egungo testuinguruan; izan ere, haren eraikuntza gaurkotasan gaia da etengabe, duela mende askotatik, baita gaur egun ere, Riverak berak asmakizun handi gisa definitzen duen Europar Batasuna gorabehera.

Ziur gaude hitzaldiek eragin positiboa izan zutela parte hartzaileengan, eta hainbat ondorio atera zituztela; hori dela eta, oso baliagarria iruditu zaigu horiek paperera ekartzea, jende gehiagorengana iritsi ahal izateko, eta jarduera aberasgarri hori jasota gera dadin.

Prestakuntza elkarlan emankor honek jarraitzea espero dugu, eta eskerrak ematen dizkiegu beren gogoeten berri eman ziguten irakasle eta espezialistei, haien koordinatzaileari eta UPV-EHUri.

**E**l programa de Aulas +55 representa la apuesta del Departamento de Cultura y Deporte de la Diputación Foral de Álava por el desarrollo integral de la persona en todas las etapas de la vida, especialmente en el ámbito intelectual.

En este sentido, las ponencias presentadas en el ciclo “Historia de la idea de Europa”, dirigido por el catedrático de la UPV-EHU Antonio Rivera, impartido por profesorado de esa institución y celebrado en la Casa de Cultura, constatan el puente tendido entre la Universidad y nuestro alumnado que con esta publicación les presentamos.

Unas reflexiones necesarias e incluso imprescindibles en el actual contexto que vivimos, sobre un devenir de la “vieja Europa” cuya construcción, ya desde hace siglos, está en perpetua actualidad. Incluso hoy en día, a pesar de lo avanzado en ese gran invento, como lo define el propio Rivera, que es la Unión Europea.

Estamos tan seguros de que estas reflexiones influyeron positivamente en los y las participantes para elaborar sus propias conclusiones, que nos parecía muy útil poder trasladarlas al papel para llegar a más público y que quede constancia de tan enriquecedora actividad.

Deseando que continúe esta fructífera alianza formativa, nuestro agradecimiento al profesorado y especialistas que trasladaron sus reflexiones, a su coordinador y a la UPV-EHU.

**Ana María del Val Sancho**

Kultura eta Kirol Saileko foru diputatua  
Diputada foral de Cultura y Deporte

# Índice

- 9 Prólogo  
**Europa. Mucho más que una geografía**  
Antonio Rivera
- 11 **Una visión de Europa**  
Andoni Unzalu Garaigordobil
- 17 **El rapto de Európe y la Europa paritaria**  
Ana Iriarte
- 33 **Roma: un imperio mediterráneo**  
Antonio Duplá
- 39 **La cultura grecolatina**  
Elena Torreagaray Pagola
- 45 **Los pueblos bárbaros y el desorden continental**  
Juan José Larrea
- 49 **Un imperio imposible: Estado e Iglesia en el medioevo**  
José Ángel Lema
- 55 **La cristiandad: un universo europeo**  
José Ángel Lema
- 61 **La construcción europea desde las ciudades del medioevo**  
José Ramón Díaz de Durana
- 67 **El humanismo renacentista: los valores continentales**  
Iñaki Reguera
- 77 **El imperio europeo de los Austrias**  
Iñaki Reguera
- 85 **Europeos en tierras lejanas: el dominio de ultramar**  
Juan B. Amores Carredano
- 91 **La crisis de la conciencia europea: el siglo xvii  
y el origen de nuestro mundo**  
Luis Garagalza

- 97 **La federación europea, la paz universal y los derechos humanos**  
José M<sup>a</sup> Portillo
- 103 **Europa como proyecto autoritario: de Napoleón al Káiser y al Führer**  
José M<sup>a</sup> Ortiz de Orruño
- 117 **Un proyecto liberal e (inter)nacionalista: la Joven Europa**  
Rafael Ruzafa
- 123 **Un subcontinente gobernando el mundo:  
de la Belle Époque al suicidio de Europa**  
Antonio Rivera
- 133 **La creación de la Unión Europea**  
Juan Pablo Fusi Aizpurua
- 143 **PanEuropa (1923): el proyecto personal de Coudenhove-Kalergi**  
Víctor Manuel Amado Castro
- 149 **Los padres de Europa: proyecto y realidad**  
Víctor Manuel Amado Castro
- 157 **Europa glocalizada: cómo manejarse con 27 (o más)**  
Víctor Manuel Amado Castro
- 167 **España y Europa**  
José M<sup>a</sup> Portillo
- 173 **¿Tiene futuro la idea de Europa?**  
Ramón Jáuregui Atondo

# Un proyecto liberal e (inter)nacionalista: la Joven Europa

Rafael Ruzafa

La primera entidad internacional que existió en el mundo fue la creada en 1865 para organizar el funcionamiento del telégrafo. Luego le siguió otro acuerdo similar para el correo postal, en 1874, y una normativa internacional para las dimensiones de pernos y tornillos, para pesas y medidas, y, finalmente, para establecer un horario universal. Cualquier proyecto que pretendiera extenderse por el mundo necesitaba en el último cuarto del siglo XIX acordarse ente el mayor número de agentes distribuidos por el planeta. El internacionalismo —y el europeísmo era una expresión del mismo— tomaba forma.

## La creación y extensión del internacionalismo

Este procedimiento internacionalista alcanzó también a lo que aparentemente podía ir en su contra: el nacionalismo. La Europa revolucionaria era cosmopolita y europeísta. Napoleón tenía un proyecto europeo, aunque fuera el de unir el continente bajo su dominio. En todo caso, la revolución y el imperio posterior asentaron la idea de que los proyectos no podían limitarse al ámbito de los países, sino que debían aspirar a extenderse por el espacio cercano y lejano, incluso para asegurar su continuidad o éxito en el contorno interior. Los proyectos revolucionarios, pero también enseguida los antirrevolucionarios, se convirtieron en europeos e internacionales. La revolución que prendía en un país trataba de ser imitada en otros, o también combatida por todas partes. Los discursos se hicieron aplicables a las diversas realidades.

Por su parte, una nueva figura irrumpió en el escenario europeo: el exilado político. Dependiendo de cada proyecto político y de su éxito o fracaso en cada país, y en razón de la violencia y exclusión con que estos se instalaban en ellos,

el resultado era la salida de los provisionalmente derrotados. Ciudades como París o Londres, o las de la neutral Suiza, entre otras, se convirtieron durante el siglo XIX (y luego en el XX y el XXI) en refugio de expatriados. Allí, partidarios de una misma idea, pero de diferentes países, alimentaron proyectos comunes para el conjunto de ellos, conscientes de esa necesaria unión para que prosperaran sus propuestas en sus lugares de origen. El internacionalismo se hacía irremediable.

## **Un internacionalismo nacionalista: Mazzini**

Uno de aquellos exilados fue Giuseppe Mazzini, un periodista dedicado en cuerpo y alma a lograr la unidad e independencia de Italia, entonces dividida y bajo control del Imperio Austriaco, de los Estados Pontificios y de Francia. Estando en el exilio, en 1831, creó la organización Joven Italia, que pretendía lograr una mayor eficacia política mediante la movilización masiva del pueblo que la de los conspiradores carbonarios anteriores. Tres años después, en Suiza, Mazzini creó junto con otros exilados nacionalistas como él de Polonia, Italia y Alemania una organización llamada la Joven Europa. El objetivo era unir a las diferentes secciones nacionales de la Joven Italia, la Joven Polonia, la Joven Suiza, la Joven Irlanda y otras similares en un proyecto común revolucionario que diera por resultado final un número de naciones libres que se asociarían en una Europa de tipo federal para resolver pacíficamente sus intereses comunes. Era la primera vez que se pensaba políticamente en una Europa compuesta por unidades de similar rango, conectadas por la necesidad que tenían todas de mantener su libertad y de coadyuvar al progreso particular y común. El Manifiesto fundacional decía cosas como: “El porvenir nos traerá una *Giovine Europa*. Es la Joven Europa de los pueblos que se superpondrá a la vieja Europa de los Reyes. Es la lucha de la joven igualdad contra los antiguos privilegios; la victoria de las jóvenes ideas contra las viejas creencias”.

En principio, la fórmula suponía enfrentar la Europa reaccionaria y autoritaria que se había creado en Viena en 1815 para evitar nuevas revoluciones. La diferencia es que aquella era solo de los países poderosos que habían derrotado a Napoleón: Austria, Rusia, Prusia y, a su manera, Gran Bretaña. Es decir, unos pocos grandes Estados que impedían que un número más amplio de naciones sin él se desarrollaran políticamente. Ahora se trataba de llevar los mejores propósitos de aquella revolución de 1789 —más vista desde lo



comunitario que desde lo individualista, más nacionalista y romántica que cosmopolita— por el conjunto del continente, aprovechando el éxito del argumento nacional y la conexión que todavía se hacía de este con diversos discursos sociales en favor del pueblo. Estamos en la época en la que el nacionalismo más dinámico, el que está fuera del poder de los Estados, era liberal, frente al autoritarismo de los grandes Estados nacionales; aunque también otros de esos nuevos Estados-nación eran empujados por similar impulso nacional y liberal (vg. el caso español en los años treinta y luego sesenta y primeros setenta del siglo XIX).

Mazzini comparaba la relación del individuo en la unidad familiar con la de esta en relación a la patria. El interés particular se veía sublimado por el interés familiar, el egoísmo se superaba naturalmente por las necesidades de los allegados. La nación imponía un sentido de obligación y deber, ético y altruista, mientras que el cosmopolitismo revolucionario anterior seguía fiando a la capacidad del interés individual y a las posibilidades sociales de su egoísmo (en su lectura a lo Adam Smith o por parte de utilitaristas como Bentham: el interés coordinado de muchos particulares deviene en bienestar colectivo; la validez de las acciones depende de su resultado, no de su intención) De la misma forma, en una visión organicista, el interés por el bienestar de los más cercanos se proyectaba hacia el conjunto de la nación y ahí cobraba sentido. Es la tesis clásica del nacionalismo en su momento de esplendor romántico: el individuo se realiza históricamente en la medida en que su historia personal se inserta en la común nacional. El individuo, que había sido ubicado por encima de la comunidad en el discurso inicial revolucionario, regresaba a su condición subordinada. Ahora la nación era más importante que él; enseguida lo sería también el Estado.

De manera que el proyecto europeo que tras la Restauración (1814-1848) se estaba asentando, el de los grandes Estados nacionales clásicos (y algunos imperios, como el austriaco o el ruso, y otros coloniales distintos que se iban conformando, como el británico o el francés), encontraba otro alternativo en las jóvenes naciones que no disponían de él y que aspiraban a ello. El nacionalismo de esos países fue una de las fuerzas protagonistas del siglo y Mazzini fue quien mejor logró darle un sentido europeísta e internacional, capaz de aunar el empeño particular de diferentes países: era más fuerte una revolución nacional si prendía a la vez en varios lugares que si lo hacía uno por uno y así se veía sofocada por los poderes tradicionales. Si la Europa autoritaria de

Viena tenía su zar en la persona de Alejandro I, la de los pueblos la encontraba en el genovés.

## **El internacionalismo proletario**

El de Mazzini era un proyecto europeo alternativo, pero otro muy potente en ese tiempo era el de los diferentes socialistas. Estos también, ya fuera de la mano de Marx y Engels o de los libertarios Proudhon y Bakunin, proponían una unión continental (e internacional) de las secciones nacionales de trabajadores organizados. Mazzini proponía una internacional o una Europa de las naciones y Marx proponía un internacionalismo o una Europa de los trabajadores: la AIT, la Asociación Internacional de Trabajadores, fue sobre todo y durante bastante tiempo una realidad solo europea, fraguada en el exilio suizo y con oficina en Londres (cuando sucumbió se trasladó a Nueva York). Uno acudía al principio de nacionalidad y el otro a la identidad de clase social (y a su supuesta “necesidad histórica”). Lo que para uno constituía la base de la liberación —“la unión y fraternidad entre las naciones”—, para el otro no era “más que la vana fórmula que escuchamos hoy en boca de todos los partidos burgueses”. Solo la liberación social encabezada por los trabajadores, la victoria del proletariado, podía resolver a un tiempo los conflictos nacionales y los industriales (las relaciones laborales), que eran el origen de las grandes tensiones del tiempo. El fantasma que recorría entonces Europa, el “fantasma del comunismo”, como lo llamaban sus promotores, tenía enfrente y por igual a la Europa del zar y del Papa que a la de los radicales franceses o a los liberales alemanes; a todos los que se oponían a la causa internacionalista de los trabajadores. Como escribe el historiador Mark Mazower, Mazzini y Marx serían continuados en sus respectivas visiones durante el siglo XX por Woodrow Wilson, el presidente norteamericano que animó la creación de la Sociedad de Naciones, y por el revolucionario ruso Lenin. La lucha entre esas dos “internacionales” fue resuelta en favor de la de Mazzini: los principios nacionalistas se impusieron a los de clase en sucesivas guerras mundiales durante el siglo XX y en su previo colonialista en el final del XIX. Incluso los procesos descolonizadores después de 1945, aun teniendo de nuevo una fuerte connotación popular, social, fueron sobre todo de carácter nacionalista.

## El eterno destino de los viejos y nuevos Estados-nación

El europeísmo de Mazzini no solo era una estrategia revolucionaria tendente a aprovechar al unísono la eclosión de movimientos nacionales. También tenía una semántica que le hacía coincidir en parte con sus oponentes estatales. Europa podía ser defendida a un tiempo como proyecto diferente por el imperialismo napoleónico, por el romanticismo antirrevolucionario desde Chateaubriand y Novalis hasta los nazis y fascistas que usaron otra vez el término “Joven Europa” durante la Segunda Guerra Mundial, por las potencias del Congreso de Viena y por su expresión extrema en la Santa Alianza cristiana de los grandes países reaccionarios (la católica Austria, la protestante Prusia y la ortodoxa Rusia), por los liberales partidarios de un eje francobritánico en lugar de otro euroasiático, y por los demócratas, radicales y nacionalistas como Michelet o como el citado Mazzini, que creían en esa Europa de naciones libres y de impulso popular; la solidaridad internacional entre los trabajadores sería su expresión más radicalizada. Europa era una cultura, una civilización sostenida en unos valores concretos, donde, por ejemplo, Turquía quedaba a un lado al no compartir la esencia cristiana. (La vieja *Christianitas* reaparecía, aunque, a pesar de eso, el modelo organizativo de Mazzini se utilizó luego para crear el influyente grupo de los Jóvenes Turcos). Pero, al mismo tiempo, Europa tenía unas obligaciones de solidaridad con las naciones emergentes —el modelo era el apoyo que habían recibido los griegos para su emancipación precisamente de los turcos en los años veinte— de las que devendrían otras con las naciones menos progresadas. Ahí aparecía el inexorable destino del nacionalismo: a pesar del discurso europeísta mazziniano —o precisamente por él—, el destino de las nuevas naciones europeas como la suya era el mismo que el de las anteriores dotadas de Estado, esto es, desplegar un proyecto colonial para atender “la gran misión civilizadora que ofrecen nuestros tiempos”.

Esa era la contradicción que luego desveló trágicamente la Primera Gran Guerra. Europa, según la visión liberal y nacionalista de los Mazzini, sería el resultado noble de una “primavera de las naciones” que diera lugar a un continente de iguales y en paz. En ese sentido, como la patria sobre el individuo, Europa estaba por encima de los pueblos y naciones que la formaban. Pero estos, en su “obligación” colonial, en su necesidad de engrandecerse, entrarían inevitablemente en colisión, como ocurrió. La idea de Europa, que pudo convivir con la nacionalista en el ecuador del siglo XIX, a medida que avanzaba este

se comprobaba contradictoria con la lógica nacional. Estados-nación nuevos, como Alemania e Italia, se prestaron al colonialismo y al armamentismo de la misma manera que lo hacían los países de los que se habían liberado. El principio de nacionalidad no parecía llevar a otro sitio distinto y, en ese escenario, el proyecto europeo sucumbía ante los intereses particulares de cada país. Europa acabaría siendo así la civilización de los países prósperos, capaces de extenderla por el ancho mundo, pero con una intención explotadora y dominante, no manumisora. El europeísmo de los Mazzini, siendo uno de los primeros en expresarse, no dejaba de ser sino un instrumento, a pesar de la sinceridad de su promotor y a pesar de que muchas de sus ideas prosperaran en un lejano futuro, precisamente tras una enorme contienda entre naciones.

El continente conoció nuevas “primaveras de las naciones”, donde volvió a aflorar otra vez el sueño de muchas pequeñas patrias liberadas viviendo en paz e igualdad. La idea de la “Europa de los pueblos” aparece cada poco reclamando su sitio entre los Estados para aquellos colectivos que se ven como naciones y que demandan también su estatalidad. Mientras tanto no la alcanzan, exigen una consideración similar, lo que no deja de provocar diferentes tensiones dentro de los países y, a veces, en el marco comunitario. Algunas soluciones, como el Comité de las Regiones, no han resuelto la cuestión, entre otras razones porque las demandas de ese tenor no son homogéneas en el conjunto de la Unión Europea, ni tampoco la disposición política y jurídica de los países para atender internamente su pluralidad. Un tema este siempre abierto en la Unión.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 2015

Mark Mazower, *Gobernar el mundo. Historia de una idea desde 1815*, [orig. 2012] Valencia, Barlin Libros, 2018.